

Una solitaria figura se asoma  
entre los árboles.  
Es Ciorán el valeroso, que busca a sus soldados.  
Alza la mirada y sus ojos  
recorren el cielo para preguntar a las nubes:  
—¡Oh, blancas nubes traídas por el viento!  
¿Habéis visto a alguna lanza esbelta,  
firme en el horizonte,  
escudos relucientes y espadas brillantes?  
—No —responden las nubes:  
No hemos visto ninguna lanza  
de pie en el horizonte.  
No había escudos limpios ni brillo en las espadas rotas.  
Hemos visto lanzas astilladas,  
escudos oxidados y espadas llenas de sangre  
seca de muchos años.

Una solitaria figura se asoma entre las lomas.  
Es Ciorán el valeroso, que busca a sus soldados.  
Baja la mirada y sus ojos recorren el mar  
para preguntar a las olas:  
—¡Oh, fuertes olas traídas por el viento!  
¿Habéis visto algún navío perdido en la lejanía,  
estandartes agitados y movidos por la brisa?  
—No —responden las olas:  
No hemos visto ningún barco sobre el mar.  
No había estandartes orgullosos  
ni viento que los agitase.  
Hemos visto un casco hundido y agrietado,  
y madera carcomida y telas  
enmohecidas por los siglos.  
Una solitaria figura se asoma entre las montañas.  
Es Ciorán el valeroso, que busca a sus soldados.  
Alza la mirada y sus cabellos se ondulan por el viento:  
—¡Oh, poderoso viento del Este! ¡Respóndeme!

**¿Has visto a hombres caminando bajo tus dominios,  
caballos y jinetes cabalgando hacia la batalla?**

**—No —responde el viento cálido de Oriente:**

**No se divisan sombras de hombres a pie sobre la tierra.**

**Tampoco he visto caballo o jinete  
alguno que lo montase.**

**He visto muchas sombras dormidas en el suelo,  
hierros y huesos esparcidos sobre un yermo distante.**

Jesús Álvarez